

**VERÍSSIMO, LUIS FERNANDO (2001). *EL CLUB DE LOS ÁNGELES*.
BARCELONA: PLAZA & JANÉS.**

Reseñado por Rebeca Pineda
Universidad Central de Venezuela
rebecapineda82@hotmail.com

Usted está cansado de su vida. Está cansado de sus matrimonios fallidos, del reclamo constante de sus familiares por llevar las empresas a la quiebra, por despilfarrar su herencia, por descuidar la educación moral de sus hijos. Que no tiene buena presencia, que desperdicia su tiempo y su dinero en el juego, en el arte incomprensible, en restaurantes estafalarios, en putas y orgías de desempleados como usted. Que no compra la mezcla, la pizca, amerita un conocimiento, una sensibilidad, que no puede describir su cuenta bancaria ni su apellido. Eso es lo que nadie conoce, lo que nadie comprende bien: su dispensador de sentido de la vida. Su gran canal. Usted también escribe, eso tampoco lo sabe nadie, o casi nadie. Sus historias son tan inservibles que jamás ha pensado en publicarlas o conversarlas en alguna reunión de sociedad. Pero hay entre todas una historia que es especial, la mejor de sus historias, porque usted es protagonista de ella. Más aún, usted tiene un papel importante en la escritura de esa anécdota. Porque en ella todos sus amigos mueren y usted sobrevive. Sabe que, justamente, escribir esta historia es lo que le ha permitido sobrevivir. Usted es, al fin, necesario para algo.

En *El club de los ángeles* un grupo de amigos integran un club que abre sesión una vez al mes para degustar los mejores platos. Además de comer en casa, viajan a Europa y recorren los mejores restaurantes de las más atractivas ciudades. Reflexionan en torno al placer de la degustación y de cómo éste mitiga la desgracia de sus patéticas vidas. Parece una historia más de epicureismo moderno y frustraciones sociales. Pero desde el principio el narrador -Daniel, también protagonista de la historia- anuncia que una serie de muertes misteriosas producen la lenta pero definitiva desintegración del "Club del Picadillo".

En principio la muerte por SIDA de Ramos, otro integrante del club, le resta fuerza a las reuniones. A partir de esta muerte el club pareciera disminuir enormemente la elegancia con la que Ramos ataviaba las cenas, guiaba los tours gastronómicos y lideraba las mejores conversaciones de sobremesa. Pero el apetito del resto de los integrantes mantiene con vida al club. Su extinción definitiva es provocada por la entrada de un cocinero bastante particular. Daniel lo conoce en la calle, y Lucidio, el cocinero, conoce detalles del club por razones que hasta el final de la obra no se descubren. La novela arroja, desde el principio, datos cuya función no se comprenden, como la causa de muerte de Ramos o la invitación de Daniel a Lucidio como cocinero en las reuniones. Claro que para tamaña invitación Lucidio le ofrece a Daniel prepararle un platillo en su casa, y a partir de allí, por ser la mejor tortilla probada por Daniel, el misterioso cocinero comienza a proporcionar placer a los frustrados sociales del Picadillo sin importar sus extraños ademanes, sus sospechosos conocimientos. Desde paellas vanguardistas, exquisiteces francesas, hasta tradicionales platos brasileños (la historia transcurre en Brasil), Lucidio sorprende y satisface al resto del grupo. Pero, en la medida en que Lucidio cocina para el club, mueren misteriosamente, uno a uno, sus miembros. Lo interesante de esta historia, a diferencia de una clásica novela policíaca, en las que se apagan de pronto las luces y al prenderse alguien aparece apuñalado sobre un viejo sofá, es que la causa de las muertes se revela con rapidez: Lucidio envenena a los comensales. Nadie sabe por qué. Durante la sobremesa Lucidio ofrece una última ración para una persona. Acepta siempre el comensal cuyo plato preparado esa noche es su favorito (nadie le dice qué preparar, ¿cómo sabe cuáles son los platos favoritos del club?). Al día siguiente el goloso integrante que degusta esa última ración está muerto. Bastaron dos envenenamientos para que se develara el asesino. Pero los integrantes del club no pueden resistirse a seguir comiendo en manos del verdugo, aún sabiendo que van a morir, pues ninguno puede dejar de comer la última ración del plato favorito que Lucidio ofrece en las reuniones. *Mañana habrá paella, creo que mañana voy a morir*. Las conversaciones que los comensales elaboran en las reuniones o en los funerales parecen advertir que esta imposibilidad de resistirse a la muerte va más allá de mero suicidio, de mero desgano por huir y vivir, aunque sea una vida llena de frustraciones. No importan las advertencias de las esposas que parecen haber descubierto el móvil asesino, las amenazas de los familiares de allanar las reuniones y denunciar al

cocinero: los comensales se las arreglan para continuar con el club en la clandestinidad, para perpetuar la impunidad de los asesinatos. Se las arreglan desesperadamente porque esas raciones mortales recuperan la fuerza del club: los banquetes proporcionan, con la posibilidad de la muerte, un placer que ni el mismo Ramos se hubiese imaginado jamás. Este parece ser el foco temático de la novela, no el asesinato, no las frustraciones sociales de los integrantes del club, los datos innecesarios de los personajes, los paseos sibaritas por las ciudades de Europa. Placer y muerte protagonizan la historia, explican lo que parece no poder ser explicado. Se mencionan en la obra referencias a esta dualidad, como el pez globo que es el pescado más sabroso del mundo, aunque una probada podría matar en segundos. La novela contiene un epílogo que parece reiterar este tema central: “Todo deseo es un deseo de muerte”. La muerte como dispensadora de placer. La última tentación, la estocada final. Revilla (1995: 362) dice: “El psicoanálisis contrapone y empareja a Eros y Thanatos”. Placer y muerte se alimentan de un mismo fin: el uno que revitaliza, la otra que suspende el ciclo vital, pero ambos como el principio y el fin al mismo tiempo, materia irrepentible, independiente del tiempo. Cuando se muere y se proporciona placer el tiempo es otro: con el placer se perpetúa, con la muerte acaba. Sin embargo es difícil concebir ambos elementos juntos: ¿cómo perpetuar el placer con la muerte? ¿Cómo la muerte en situaciones como las del “Club del Picadillo” es dispensadora del máximo placer, el jamás hallado? Los comensales del club del Picadillo son unos perdedores, ya lo he dicho, o lo he insinuado. ¿Qué busca un perdedor con la muerte? No perder más, tal vez. O perderlo todo, de la mano de lo único que no hacía perder por completo a cada uno de sus integrantes: la entrega al placer, a la degustación del placer.

Cuando la novela se acerca a su fin, se revela la intención de Lucidio, de sus asesinatos. A través de Lucidio, Ramos lega al club lo que parece haberse perdido con su muerte, lo que quizás quería expresar entre líneas, a través de sus paseos por los mejores restaurantes, a través de sus conversaciones sobre la comida como único placer que necesita satisfacerse a diario. Convertir una necesidad en un placer es ir hacia la muerte placenteramente. Ramos conocía a Lucidio, y a través de su destreza culinaria demuestra a los perdedores que no tienen nada por qué morir, que se puede morir por algo que se define como único elemento importante en sus vidas. Los integrantes del “Club del Picadillo” no se interesaban por sus esposas,

por sus hijos, por sus bienes despilfarrados. ¿Pero quién les diría que serían capaces de morir por lo único que los mantenía con vida?.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Revilla, F. (1995). *Diccionario de iconografía y simbología*. Madrid: Cátedra.